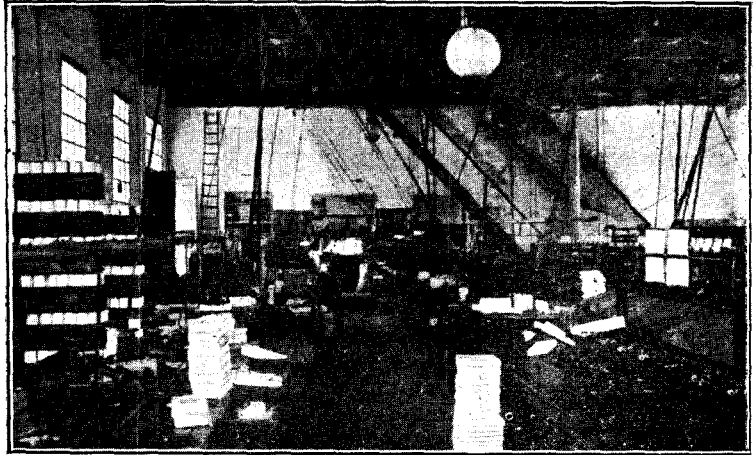
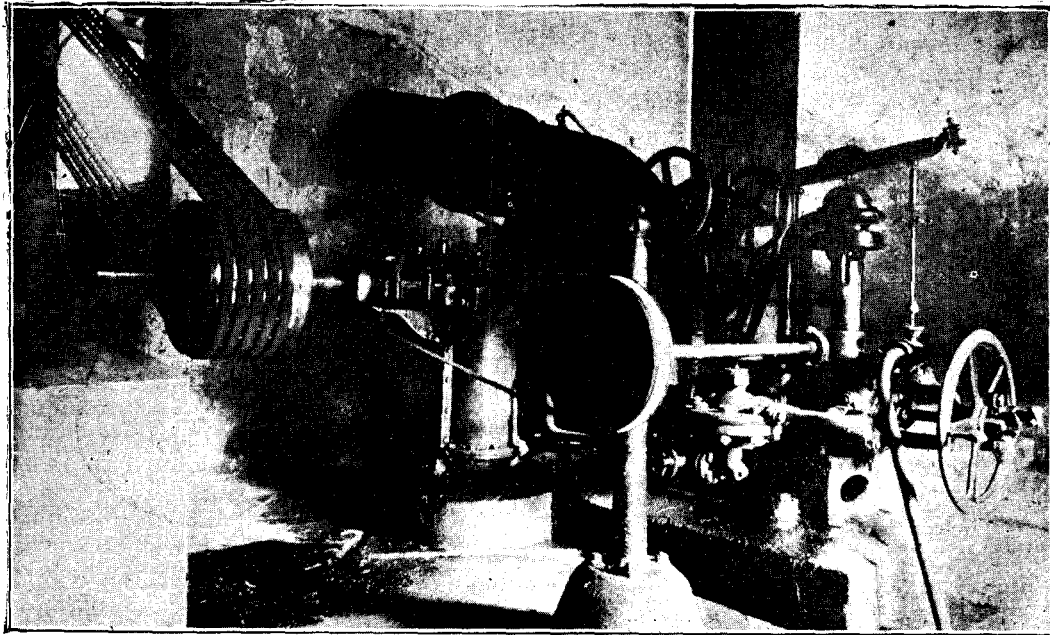


jos y el mar. Miento; tiene otra más: su farol, bruñido y limpio como un camafeo, tallado en facetas como un diamante; su farol, que gira majestuoso y lanza sus destellos blancos, rojos y verdes, á 20 millas de distancia, sobre la turbulencia lóbrega de las olas, y hace decir á los navegantes:— Aquélla es la luz del buen Matelot aquél es el faro de Kerdouis.

Cuando Matelot ha besado en la frente á su brava compañera de soledad y de peligro y ha pasado



Las Planas: Interior de la fábrica de D. Sebastián Paulí



Las Planas: Turbina de la fábrica de D. Sebastian Paulí

la callosa mano por las guedejas de los pequeñuelos, ya no piensa sino en su muy amada lucerna. Ya entrado el crepúsculo, sube las escaleras de la torre, desmonta y limpia el aparato de relojería, vuelve á montarlo con el amor de un padre y enciende el mechero. Sobre la tenebrosidad oceánica surge la claridad. Gira el farol enorme, y á unos destellos siguen otros con regularidad cronométrica. La marcha no puede interrumpirse; el descuido menor sería pagado

con la vida por los confiados tripulantes de un barco, que irían á estrellarse contra los acantilados basálticos. Pero Matelot sabe su deber y vela impasible. El horror del faro es el suyo; la luz no interrumpirá su sereno y providencial parpadeo.

Pero una tarde, antes de montar las últimas piezas, el torrero se siente enfermo. En su pecho hay un dolor agudo y mortal; en su garganta, una presión implacable y cruel; corre por sus